

Joseph Ratzinger y la universidad

SARA GALLARDO GONZÁLEZ

Universidad Católica de Ávila

RESUMEN: La autora analiza las reflexiones de Joseph Ratzinger sobre la universidad. En la introducción recuerda las razones de la exclusión desde la Modernidad del tema de Dios del ámbito del pensamiento y de la universidad; a continuación, una parte biográfica con momentos clave de la vida universitaria de Ratzinger, y en la tercera parte opta entre dos cuestiones posibles el pensamiento de Ratzinger en la universidad o el pensamiento de Ratzinger-Benedicto XVI sobre la universidad por razones obvias por la segunda. La autora va entresacando de los discursos universitarios del papa teólogo los rasgos del ser y quehacer de la universidad. En definitiva, según Benedicto XVI la fuerza espiritual de la universidad reside, única y exclusivamente, en la fuerza de la verdad. La fuerza de la verdad está en que permite al hombre actuar por convicción, identificándose con ella. Las personas libres obran por convicción, no puede imponerse la verdad por la fuerza. Este es el poder espiritual que la universidad no debe perder. PALABRAS CLAVE: universidad, Ratzinger-Benedicto XVI, fe, razón, verdad

ABSTRACT: In this paper, the author analyses Joseph Ratzinger's reflections on the university. In the introduction, the reasons, from Modernity onwards, for the exclusion of the topic of God in the realm of thought and of the university are discussed. There follows a biographical note which highlights the key moments in the university life of Ratzinger, or in the writings about the university of Ratzinger-Benedict XVI. The author draws conclusions from these writings of the Pope-theologian about the characteristics and duties of the university. In short, according to Benedict XVI the spiritual strength of the university resides solely in the strength of truth. This strength that truth gives allows man to act through conviction, as one becomes

more united to truth. People who are free act through conviction, truth cannot be imposed by force. This is the spiritual power which the university cannot loose.

KEYWORDS: University, Ratzinger-Benedict XVI, faith, reason, truth

1. INTRODUCCIÓN

Agradezco enormemente la invitación de Lydia Jiménez y Teresa Cid a participar en esta publicación sobre la universidad que me brinda la ocasión de proponer la figura y el pensamiento de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI sobre este tema tan querido para él. Y a raíz de la alegre y despreocupada ignorancia que disculpa al joven y para mí va dejando de ser disculpa, he aceptado la propuesta de preparar un texto sobre el querido papa emérito, que llevamos muy en el corazón, sin pensar demasiado en que este tema se merecía otro portavoz. Para que el lector se anime a seguir leyendo, le diré que el cariño y la veneración por Ratzinger-Benedicto XVI con que están escritas estas páginas quizá compensen las deficiencias de quien sobre él escribe, ya que mi intención siempre es contagiar el deseo de conocerle, estudiarle, más aún, amar entrañablemente a quien ha dedicado su vida a hablar del amor y la verdad, a ayudar a los hombres de nuestro tiempo a hallar el camino hacia Dios.

Y ya que hago lo que, cuando se escribe, no se debe hacer por modestia, como es hablar de sí, añadiré que aunque no he descubierto yo la fe católica gracias a la lectura de Benedicto XVI-Ratzinger, sí que he quedado más honda, más seria y gozosamente seducida por esa Hermosura tan antigua y tan nueva que traspasa todos sus escritos. Una filósofa formada por filósofos con cierta grima hacia la teología, no siempre por razones de increencia, sino por escrúpulos metodológicos, tenía el prejuicio de que no podía seguir siéndolo cuando se leía teología. Sin embargo, al entrar en ese atrio de la serena, mansa y luminosa sabiduría, la honestidad y la profunda humildad intelectual de este teólogo, uno se siente tocado en su interior, se produce un profundo encuentro con uno mismo, experimenta lo que la Teología una y otra vez puede ser para la filosofía: el cumplimiento de una profunda búsqueda, la satisfacción del deseo de la Verdad, que es lo que hace al filósofo tal, uno

descubre que la experiencia profunda de la propia vocación filosófica dirige a la teología: “Cuando el corazón entra en contacto con el Logos de Dios, con la Palabra encarnada, es tocado ese íntimo punto de su existencia. Entonces no sólo siente, entonces sabe desde su interior: lo es; es ÉL lo que yo he esperado. Se trata de una forma de reconocimiento”¹.

Llevar a las personas a una experiencia similar cada vez más íntima y personal, y al mismo tiempo cada vez más precisada de ser comunicada, compartida y vivida en común, es una de las raíces profundas de la *universitas scientiarum*, de la comunidad de maestros y discípulos. Y creo que la vocación teológica de Ratzinger tiene aún un papel providencial que cumplir con muchas generaciones de lectores, a lo cual modestamente quiere contribuir este texto.

En cierta ocasión, Rocco Buttiglione reflexionaba acerca de la realidad de la universidad haciendo constar que muchos inventos y descubrimientos científicos y tecnológicos de la antigüedad se perdieron durante la época medieval: se sabe que los griegos conocían la máquina de vapor y que los ingenieros y arquitectos romanos alcanzaron cotas que solo se recuperaron casi a partir del s. XVIII. ¿A qué razón se debió todo eso? La explicación la ofrece una sencilla razón: tales saberes eran secretos de oficio celosamente guardados y transmitidos únicamente a los discípulos de la escuela, que se acabaron perdiendo porque el mundo clásico no conocía aún una institución que elabore sistemáticamente el saber, lo recoja, lo difunda y lo socialice, porque la universidad es un invento medieval².

Lo interesante de esta observación de Buttiglione está en recuperar la importancia esencial de la comunitariedad del saber, como uno de los rasgos definitorios de la universidad: una comunidad, cuya unión está fundada en la verdad que se busca y se encuentra juntos. “*La universidad no es sólo un lugar de investigación, es una comunidad de investigación*”³. Conviene pon-

¹ J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*. Cristiandad, Madrid 2004, “Fe y teología” [2000], 24.

² BUTTIGLIONE, R., “¿Todo saber es universitario?”, en BENEDICTO XVI, *The idea of a university*. Instituto John Henry Newman-Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2012, 58.

³ *Ibid.*, 78.

derar este rasgo fundamental que distingue al saber en el mundo clásico y en la cristiandad según Buttiglione, que la verdad es un bien común, y que el deseo de ese bien, de buscarlo, poseerlo y de compartirlo, da lugar a universidad como comunidad de personas fundada en un bien común, que es la verdad, a la que cabe unir, con todo su sentido y vinculadas a la matriz de la que surge, la de universalidad. De hecho, estos rasgos manifiestan con claridad que la universidad sólo podía surgir en la cosmovisión cristiana.

La comunidad humana se crea en torno a la unión de voluntades que quieren un mismo bien, bien que puede compartirse y gozarse comunitariamente. Si la verdad no es un bien (como se ha juzgado desde la ética de mínimos⁴) o si se trata de un bien privativo (como presupone el relativismo), la institución universitaria pierde su sentido, la autoridad del maestro se relativiza y la disgregación de los espíritus por la pluralidad de visiones de las cosas (internet es el paradigma) convierte la sociedad en una suma gregaria de seres individualistas carentes del sentido de lo común. La familia y la universidad (educación), son por tanto los pilares fundamentales sobre los que rehacer a la persona como persona.

Benedicto XVI ha hablado de la “caridad intelectual” como de una virtud que debe ser recuperada: quien enseña al que no sabe le hace un bien, comparte con él el bien de la verdad. Es la obra de misericordia espiritual propia de todo docente, junto con corregir al que yerra (y a veces dar un buen consejo). Para abordar esta hermosa faceta de su persona y de su enseñanza, quisiera acercarme con el lector al estudiante, profesor, catedrático, maestro, al sabio y a sus reflexiones acerca de la universidad.

Procederemos de la siguiente manera: en la introducción, recordaremos el hecho y las razones de la exclusión, desde la Modernidad, del tema de Dios del ámbito del pensamiento y de la universidad; a continuación, una parte biográfica con momentos clave de la vida universitaria de Ratzinger, y en la tercera parte optamos entre dos cuestiones posibles —el pensamiento de Ratzinger en la universidad o el pensamiento de Ratzinger-Benedicto XVI sobre la universidad— por razones obvias por la segunda. Por las limitaciones de quien escribe y lo que razonablemente debe ocupar un trabajo de estas

⁴ Cf. RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., *Ética de la vida buena*. Declée de Brouwer, Barcelona 2006.

características, nos ceñiremos a entresacar de los discursos universitarios de Benedicto XVI los rasgos del ser y quehacer de la universidad para ser fiel a sí misma.

2. LA EXCLUSIÓN DEL TEMA DE DIOS EN LA REFLEXIÓN UNIVERSITARIA

En contra del título de este apartado, hay que decir que la exclusión del tema de Dios no es hoy tan evidente como hace unos años. Existen varias razones por las que el tema de Dios ha irrumpido de nuevo en el debate intelectual, en el ámbito universitario. La religión vuelve a ser moderna. Se percibe un rebrote de misticismo y una proliferación de formas de espiritualidad muy variadas, no necesariamente cristianas. El hombre en la soledad de su mundo secularizado siente nostalgia de lo divino, y busca el contacto con él. Esto se manifiesta en muchos fenómenos actuales, desde el surgir de movimientos juveniles como las Jornadas mundiales de la Juventud, que son un éxtasis positivo, un contacto con Dios y su Iglesia, y aunque los pájaros de mal agüero acusaban de que se quedaban en la espuma, lo cierto es que han sido la salida de un mundo oscuro y el inicio de un nuevo punto de partida en la fe de muchos que han encontrado a Dios de forma fresca y sencilla. El redescubrimiento de la religión ha dirigido también la atención hacia las tradiciones místicas asiáticas, por el influjo del fuerte relativismo imperante, que prefiere formas religiosas carentes de los aspectos institucionales y dogmáticos de la Iglesia católica, como señala Ratzinger en el último prólogo a su *Introducción al Cristianismo*⁵.

Creo que es correcto afirmar que también ha contribuido fuertemente a hacer del tema de Dios un tema intelectual el patrimonio teológico legado por Ratzinger-Benedicto XVI, cuyo valor ha sido providencialmente dado a conocer a través de su erección a la sede petrina. La categoría intelectual del papa alemán, unida a su infatigable deseo de proponer a Dios al hombre y a la cultura actual, ha llevado a que el testimonio de su enseñanza mostrara, a

⁵ Id., *Introducción al Cristianismo*. Sígueme, Salamanca 2007¹⁴, 22s.

quienes lo han leído o escuchado, que de Dios sí cabe hacer un discurso “*según la razón*”. Sorprendió a todos la contribución del conocido filósofo ateo español Gustavo Bueno en el libro editado por Ediciones Encuentro, *Dios salve la Razón*, que reunía aportaciones de autores muy heterogéneos en defensa de Benedicto XVI ante las infundadas críticas surgidas por su intervención en Ratisbona. En él Bueno venía a decir que se trata de una de las personalidades intelectuales de mayor relevancia en nuestros días, cuyas afirmaciones eran de las pocas que hoy podían tomarse en serio⁶. El premio Nobel de Literatura Vargas-Llosa se ha pronunciado con palabras no menos elogiosas en un artículo publicado en 2013, considerándolo un intelectual de incomparable altura, que tiene la virtud de escribir textos que los no-creyentes podían leer con provecho y, a menudo, turbación, con novedosas y audaces reflexiones. “*Sus razones no eran tontas ni superficiales y quienes las rechazamos, tenemos que tratar de entenderlas por extemporáneas que nos parezcan*”⁷. Es de notar que estos autores que no lo critican sino que lo defienden, no comparten sus posiciones pero parecen sentirse honrados de considerarse interlocutores suyos. Tal es el caso de Marcello Pera, J. H.H. Weiler, etc.

En sus entrevistas con Peter Seewald, publicadas en distintos momentos (*Sal de la tierra, Luz del mundo*, etc.) ha expresado siempre Ratzinger-Benedicto XVI su afán como teólogo por conocer y afrontar las preguntas y problemas de los hombres de hoy. Quizá sea este gesto por acercarse a la situación existencial de nuestro mundo, lo que le hace tan apreciado para el diálogo, pues en ello no hace más que tomar en serio a quien no comparte su visión de las cosas, como dirá de él el experto europeísta americano de religión judía Josef Weiler⁸.

⁶ Cf. BENEDICTO XVI, BUENO, G., FAROUQ, W., GLUCKSMANN, A., JUARISTI, J., NUSSEIBEH, S., PRADES, J., SPAEMANN, R., H. H. WEILER, J., *Dios salve la Razón*. Encuentro (Ensayos 357), Madrid 2008.

⁷ Artículo completo en: https://elpais.com/elpais/2013/02/21/opinion/1361447726_090824.html

⁸ “La insinceridad nunca, jamás puede ser la base de un auténtico compromiso interreligioso. Su camino [el de Benedicto XVI] es de hecho el único modo posible de manifestar un profundo respeto por mi fe [judía]. Puede parecer paradójico, o quizá no, pero en cualquier caso este modo de acercamiento –reconocer y articular las diferencias más importantes con

Sabemos en, es sabido que Ratzinger considera una dificultad importante que debe afrontar el teólogo la objeción de la Ilustración: que el tema va más allá de lo estrictamente racional, y por tanto, que el discurso filosófico no debe introducirse en ello si quiere mantener su rigor y objetividad. A esto, ya Edith Stein replicaba que tal afirmación sólo es admisible mientras se mantenga el prejuicio de que el tema de la verdad es un tema exclusivo de la razón, sin participación de la voluntad, por un lado, y de que la razón es una facultad propiamente autónoma, por otro. Ni una ni otra cosa son ciertas, como ha insistido Ratzinger.

No estamos ante un tema que despache, o no, la razón por su cuenta, sin contar con la voluntad. Más bien sucede que, ante la pregunta sobre la existencia de Dios, tanto el creyente como el no-creyente están en la misma situación: en la necesidad de decidirse respecto de ella⁹. La falta de evidencia hace imposible que la cuestión pueda zanjarse únicamente por medio de la razón: no hay bastantes elementos para afirmar ni tampoco para negar. Y esta opacidad del asunto requiere, por necesidad, que la voluntad saque a la razón de una eterna indecisión en la caería si el entendimiento fuera dejado a sí mismo, la voluntad debe colaborar con la razón en la búsqueda de verdad. Para Edith Stein este es siempre el caso respecto de los fundamentos de las mismas teorías del conocimiento¹⁰. Más aún, como el dinamismo volitivo no

total claridad y sin componendas, aunque la fórmulas diplomáticas pegarían mucho más con lo políticamente correcto, y hacerlo de forma tan explícita en una homilía ante los creyentes— es el que confiere una credibilidad tal a esa renuncia, desde la razón, a forzar en cuestiones de fe y a ese contexto pacífico en el que se presenta el debate sobre estas diferencias esenciales. En dos mil años de una ardua relación nunca se ha producido un diálogo judeo-cristiano mejor y menos forzado que el que han iniciado el gran Juan Pablo II y su fiel Josué, Benedicto XVI, cuando han puesto en práctica lo que se inició con el Concilio Vaticano II.” (BENEDICTO XVI ET AL., *Dios salve la Razón*, op. cit.)

⁹ Cf. *Introducción al Cristianismo*, op. cit.

¹⁰ “[...] le niego [a la ciencia] la capacidad de fundamentarse a sí misma científicamente. Comienza con una disposición absoluta, una disposición del conocimiento [...]. Tengo para mí que este acto precede a toda ciencia y es acto de fe y de ninguna valencia superior, si es fe en la propia capacidad y si es fe en la veracitas Dei. Por consiguiente, a mi modo de ver, teoría del conocimiento es —¿se le ponen los pelos de punta?— a la vez metafísica y ontología del conocimiento.” (E. STEIN, Carta 126 a Ingarden (O.C.), 28 sept 1925)

surge de la nada sino de una cierta connaturalidad con lo querido, el conocimiento de ciertas verdades exige en la persona una determinada actitud o disposición ante ellas. En definitiva, conocer ciertas verdades nunca puede ser una conclusión de la razón, sino fruto de un cierto acto de fe voluntario, a lo que Chesterton había llamado “prejuicio” o “dogma”.

Escribe la filósofa alemana: “El filósofo no sólo tiene que poder ver y mostrar que otro ha procedido de tal y cual manera; no sólo tiene que intuir las relaciones entre causas y efectos; sino que tiene que captar por qué sucedió así. Él tiene que bajar hasta las razones mismas y captarlas; y esto significa ser aprehendido y subyugado por ellas a *decidirse en su favor* y a recorrer interiormente el camino de ellas hasta las conclusiones y quizá más allá de donde llegó quien nos precedió; o bien derrotarlas, esto es, luchar por liberarse de ellas y por decidirse por otro camino”¹¹.

Esto implica muchas cosas muy interesantes. Para el tema que nos ocupa significa que la relación entre filosofía y teología es inevitable. Como la que existe entre dos hermanas, puede ser buena o mala, precisamente porque la hermandad como tal no desaparece. Que la Teología tenga un lugar en la universidad hoy, como se pone de manifiesto en otra contribución de la presente publicación, es ineludible por lo que acabamos de señalar, por lo mismo que a mi hermana la puedo querer o aborrecer, puedo echarla de nuestra casa común, pero no deja de ser casa común aunque yo la haya ocupado de extraños. Al punto neurálgico alude Edith Stein en carta a su amigo Ingarden —tan crítico con su conversión durante mucho tiempo— para justificar intelectual y vitalmente el paso que ella había dado, y que le parecía una nueva etapa del camino que hasta entonces habían recorrido juntos. Se trata de reconocer el papel que juega la libertad personal ante esta propuesta.

¹¹ „Der Philosoph muß nicht nur sehen und zeigen können, daß ein anderer so und so vorgegangen ist; er muß nicht nur Einblick in die Zusammenhänge von Gründen und Folgen haben; sondern er muß begreifen, warum es so geschah. Er muß in die Gründe selbst hinabsteigen und sie begreifen; und d. h., von ihnen ergriffen und bezwungen werden zur *Entscheidung für sie* und zum inneren Mitgehen aus ihnen heraus in die Folgerungen und evtl. noch weiter, als der Vorgänger gegangen ist; oder sie bezwingen, d. h. sich durchringen zur Freiheit von ihnen und zur Entscheidung für einen anderen Weg.“ (E. STEIN, *Potenz und Akt*, ESGA 10, prólogo (trad. y negritas mías)).

Ratzinger apela a la raíz última de esta experiencia de las verdades inapreciables por la sola razón, que estaría en el hecho de que tales realidades interpelan a la persona entera, porque revelan la presencia de otra Persona viva. Por eso el elemento subjetivo (en el sentido de personal) nunca puede silenciarse respecto de las verdades reveladas: “*La revelación tiene instrumentos, pero no es separable del Dios vivo, e interpela siempre a la persona viva que alcanza*”¹².

Hace ya algunos años escribía Rafael Alvira, en línea con lo que venimos diciendo, que la causa del silenciamiento de la teología entre los intelectuales —filósofos y quienes de sus obras se nutren— es el temor ante lo que queda más allá del dominio de nuestra razón. Escribe: “[...] el humanismo, la Ilustración, son movimientos que surgen precisamente no por una fortaleza del espíritu, sino por una debilidad del espíritu, a saber, por miedo. Este miedo es el temor de no ser capaces de alcanzar lo más alto; declaramos clausurado lo que «supere» al hombre porque si nos supera nosotros no vamos a saber qué hacer con ello en el sentido del dominio. Si hay algo que yo no puedo dominar, he de sospechar que eso podría dominarme a mí, y eso me da miedo, y no quiero aceptarlo”¹³.

Si de acuerdo con Alvira el miedo es, en el fondo, la razón por la que se levantan todas las fronteras, también las de la razón pura, entonces la cuestión estriba en ayudar a dejar de ver una amenaza en lo que no es pura razón, en no oponer razón y voluntad, razón y fe, para que la razón siga siendo ella misma. El límite de la razón, además, no lo puede establecer la razón por ella misma, sino que su autocomprensión es un don que le llega de otro. No es

¹² J. RATZINGER, *Mi vida*. Encuentro, Madrid 1997, 151.

¹³ R. ALVIRA DOMÍNGUEZ, “La debilidad del espíritu”, en *Reivindicación de la voluntad*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 45ss. Juan Pablo II escribirá en *Fides et ratio*: “La filosofía moderna [...] en lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos. [...] En consecuencia han surgido en el hombre contemporáneo, y no sólo entre algunos filósofos, *actitudes de difusa desconfianza* respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano. Con *falsa modestia*, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas.” (n. 5) (cursivas nuestras)

posible establecer esos límites desde el autoenclaustramiento de la razón, pues ¿“no debería tener fuera de sí misma un punto arquimédico para poder resolver el problema de su autolimitación [...]”?¹⁴ Sólo una razón no humana podría, desde fuera, certificar hasta dónde llega propiamente nuestra razón, sólo desde la perspectiva de Dios, como señaló *Fides et ratio*. Para limitar la razón hay que contar con la fe, o bien determinamos ese límite por medio de elementos arbitrarios, ajenos a la misma razón. En realidad la fe constituye una fuerza purificadora de la razón porque “nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón”¹⁵.

He aquí la paradoja: cuando la razón quiere “liberarse” de la fe, del vínculo con las verdades que no vienen de ella, el resultado es que se limita y autoenclaustra. En cambio, al proponer a la razón acoger el vínculo con las formas de conocimiento que no provienen de ella, es cuando la razón encuentra un campo amplio y dilatado para su investigación. En su discurso preparado para La Sapienza en enero de 2008, señalaba el papa que una defensa de la legítima autonomía de la razón es compatible con el reconocimiento de signos de racionalidad presentes en la experiencia creyente y su confirmación durante generaciones, que se encuentra en la sabiduría de la humanidad. Por el contrario, existe el riesgo de que la razón se cierre a formas de razonabilidad auténticas, en nombre de “una racionalidad endurecida desde el punto de vista secularista” (einer säkularistisch verhärteten Rationalität)¹⁶. ¡Cuánta razón le dio precisamente el triste desenlace de esta invitación fallida!

Por eso, al reivindicar que la razón debe abrirse y no limitarse, Ratzinger-Benedicto XVI insiste en la necesidad de revisar la pregunta acerca de qué es la razón y qué es lo racional, abandonando esa desconfianza y ese temor infundados. Este será un tema fundamental de su magisterio

¹⁴ *¿Qué es filosofía?*, 18.

¹⁵ BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), 28.

¹⁶ Discurso preparado por el Santo Padre Benedicto XVI para el encuentro con la Universidad de Roma “La Sapienza” (Texto a pronunciar el jueves 17 de enero. Visita cancelada el 15 de enero).

http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/january/documents/hf_ben-xvi_spe_20080117_la-sapienza.html

en los ateneos universitarios, como veremos en la última parte de nuestro trabajo, pero que ya aborda como cardenal a raíz de la publicación de la encíclica *Fides et ratio*: “es necesario un debate fundamental sobre la esencia de la ciencia, sobre la verdad y el método, sobre el cometido de la filosofía y sus posibles caminos —sostiene en Madrid el año 2000—. A la esencia de la filosofía se opone un tipo de cientificidad, que le cierra el paso a la cuestión de la verdad, o la hace imposible. Tal autoenclaus-tramiento, tal empequeñecimiento de la razón no puede ser la norma de la filosofía, y la ciencia en su conjunto no puede acabar haciendo imposibles las preguntas propias del hombre [...].”¹⁷

Sobre esas preguntas propias del hombre, cuyo lugar privilegiado de examen es la universidad, se expresa con dolor en 2010 en su nueva visita a España ya como Papa, en Santiago de Compostela: “Es una tragedia que en Europa, sobre todo en el siglo XIX, se afirmase y divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad. [...] ¿Cómo hubiera creado Dios todas las cosas si no las hubiera amado, Él que en su plenitud infinita no necesita nada? (cf. *Sab* 11, 24-26) [...] Dios es el origen de nuestro ser y cimiento y cúspide de nuestra libertad; no su oponente. [...] ¿Cómo es posible que se haya hecho silencio público sobre la realidad primera y esencial de la vida humana? ¿Cómo lo más determinante de ella puede ser recluso en la mera intimidad o remitido a la penumbra? Los hombres no podemos vivir a oscuras”¹⁸.

El tema de la verdad y de la razón, que es el tema de Dios, no emerge en Ratzinger a raíz de la encíclica *Fides et ratio*. Que fuera la cuestión elegida para su lección inaugural con motivo de su toma de posesión de la cátedra en Bonn en 1959 indica, como sostiene Pablo Blanco, que es uno de los temas que vertebra toda su obra.¹⁹ Vamos ahora a sobrevolar los momentos más

¹⁷ Cf. “Fe, verdad y cultura. A propósito de la encíclica *Fides et ratio*”, conferencia pronunciada en Madrid el 16 de febrero del 2000, publicada en *Benedicto XVI. Todo lo que el Cardenal Ratzinger dijo en España*, Conferencia Episcopal Española, Madrid 2005, 113-141; aquí 123, 125.

¹⁸ Homilía en la plaza del Obradoiro, Santiago de Compostela, 6 de noviembre de 2010.

¹⁹ Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger: razón y Cristianismo*. Rialp, Pamplona 2005.

sobresalientes de su vida universitaria, antes de detenernos en su idea de la universidad.

3. LA VIDA DE JOSEPH RATZINGER EN LA UNIVERSIDAD

No hay que adivinar que Ratzinger ha sentido siempre un verdadero cariño por la institución universitaria. Él mismo ha tenido ocasión de hacerlo explícito en diversas oportunidades, como en sus recuerdos de su etapa universitaria en Ratisbona en el famoso discurso de 2006, en sus memorias autobiográficas y en las entrevistas en que relata sus diferentes estancias como profesor en las otras universidades alemanas en que trabajó, incluyendo sus primeras experiencias universitarias como seminarista. Podríamos distinguir claramente tres etapas de su vida en la universidad: como estudiante, como profesor y, durante su vida episcopal, cardenalicia y pontificia, como “profesor invitado”, si cabe hablar así.

Podríamos, en otro sentido, ver en él la faceta del estudiante y profesor, en primer lugar, del discípulo y el maestro, en segundo lugar, y del catecúmeno y el confesor, en tercer lugar. No se encuentran separadas en él, ya que la figura de Ratzinger rezuma una bella armonía y continuidad a lo largo de sus distintas etapas biográficas. Veamos en unas simples pinceladas algunos rasgos de su personal relación con la verdad.

3.1. Estudiante y discípulo de Söhngen

Joseph Ratzinger ingresa en el seminario menor a la edad de 12 años, pero debido a la guerra este período será breve, de 1939 a 1941. Al acabar la guerra ingresa en el seminario mayor de Frisinga en 1945, con 18 años. El ambiente del reencuentro con los compañeros, interrumpido por los tremendos acontecimientos lo describe así: “Pese a las grandes diferencias de experiencias y de horizonte, nos unía un gran agradecimiento por el hecho de haber salido del abismo de aquellos años difíciles. [...] Ninguno dudaba que la Iglesia era el lugar de nuestras esperanzas. [...] Gratitud y deseo de renacer, de trabajar en la Iglesia y para el mundo: eran éstos los sentimientos que

dominaban la atmósfera en aquella casa. A ello se unía un hambre de conocimientos que había ido creciendo en los años de la escasez y de la desolación”²⁰.

El entusiasmo por aprender, que acusa desde su niñez, es compartido por sus compañeros, con los que se sentía muy unido. Pero no sólo quiere aprender, su pasión por aprender está ligada, desde su niñez, con su deseo – su vocación, dirá – a enseñar, a compartir lo recibido. Recordando esos años dirá en una entrevista: “Pero, estando todavía en la escuela pública, ya empecé a sentir vocación de enseñar, y en eso sí tuve a quien imitar. Ese deseo siempre ha sido, a Dios gracias, compatible con mi vocación sacerdotal. Pero, de todos modos, me atrevería a asegurar que el deseo de enseñar a otros –transmitir lo conocido a otros– me interesó desde una edad muy temprana, y también la afición a escribir. [...] me gustaba exteriorizar mis sentimientos, sobre todo [...] me gustaba dar algo de mí mismo a los demás. En cuanto aprendía algo nuevo me sentía en la obligación de enseñárselo a los demás”²¹.

El ambiente que respiraban en Frisinga era de dinamismo, entusiasmo, sed espiritual y cordial unión²². En 1947 se trasladará al seminario interdiocesano del Georgianum, en el que las clases ofrecidas eran las de la misma facultad de Teología estatal y no de los profesores del seminario. Él pidió a su obispo ese cambio a la universidad de Munich, donde “*esperaba poder penetrar aún más en profundidad en el debate cultural de nuestro tiempo, y, eventualmente, poder dedicarme, por completo, algún día a la teología científica*”²³.

Aunque considerará que todos sus profesores le marcaron, los más decisivos fueron Schmaus, Pascher y, por supuesto, Söhngen, al que propiamente hay que llamar su “maestro”. Su encuentro con Söhngen lo describe como una fascinación desde la primera clase. “*Elocuente por naturaleza*”, el rector Söhngen no atraía con su discurso simplemente por sus excepcionales

²⁰ *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*. Encuentro, Madrid 1997, 86.

²¹ *Sal de la tierra*, op. cit., 58.

²² Cf. ID., *Mi vida*, op. cit. 94.

²³ *Ibid.*, 92.

dotes oratorias, sino porque tenía el don de introducir inmediatamente al oyente en el tema y porque no rehuía los problemas, transmitiendo una visión de la teología como un acontecimiento profundamente personal de búsqueda de la verdad. Ratzinger apunta que no daba las cosas por terminadas, sino que preguntaba cómo era el asunto en realidad, y, sobre todo, qué tiene que ver conmigo. “*Y eso fue lo que me cautivó*”²⁴.

Podemos verificar la dinamicidad personal de su período de formación en el conocimiento de la Verdad, precisamente en estos rasgos de las clases de Söhngen: una búsqueda abierta, un camino que tiene que ver conmigo, un acontecimiento que me interpela. Por eso, lógicamente, se sentirá “progresista” y atraído por la figura de San Agustín. “Éramos progresistas. Queríamos renovar la teología de raíz [...], se abrían nuevos horizontes, nuevos caminos. Por ello, queríamos avanzar nosotros con la Iglesia, convencidos de que, cabalmente de ese modo, esta se rejuvenecería. “[...] a comienzos de 1946 tropecé con San Agustín y leí algunas de sus obras. Esta lucha personal que se manifiesta en Agustín me resultaba muy interpelante. Lo que escribió Tomás son, en general, manuales escolares y, por consiguiente, textos en cierto modo impersonales. Aunque también en ellos late, por supuesto, una gran lucha; pero eso únicamente se descubre más tarde. Agustín, en cambio, lucha consigo mismo; y además, incluso después de su conversión. Y eso es lo que hace dramático y bello su pensamiento”²⁵.

Y este dramatismo que es el ingrediente constante de la búsqueda humana de la verdad, es lo que más tarde hará tan viva, cordial y humana su docencia y toda su actividad intelectual, que no comprende como un caminar a solas sino comunitario, como veremos. Su etapa de formación culmina con la tesis doctoral en 1953, después de haber sido ordenado sacerdote dos años antes y haberla compatibilizado con intensas tareas pastorales en una parroquia, a lo que se refiere como “*el tiempo más hermoso de mi vida*”, en que las clases de religión le supusieron una experiencia muy intensa y dramática, además de la atención a los jóvenes, etc. El contacto con los niños y jóvenes le hizo constatar hasta qué extremo la secularización había empapado ya la

²⁴ BENEDICTO XVI, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*. Mensajero, Bilbao 2016, 114.

²⁵ *Ibid.*, 110-112.

vida de las familias, llevándole a hablar de nuevos paganos. De 1955 al 1959 su nuevo destino como docente en el seminario le resultó al principio muy duro, por la pérdida de esa plenitud de relaciones y experiencias humanas que le había brindado su labor pastoral, pero tanto sus clases como sus tareas como capellán universitario le van a aportar muchas hermosas experiencias, ya que tenía ocasión de impartir mensualmente conferencias y tener una relación muy cordial con los estudiantes, que le invitaban a sus asociaciones y a los que ayudaba económicamente. Su fama de ser “*muy indulgente*” le hizo ser codiciado por los seminaristas como confesor²⁶.

El 21 de febrero de 1957, tras una muy penosa salva de obstáculos culmina su período de formación con la defensa de su habilitación, que le daba paso para la carrera universitaria como profesor, pero que le hizo pasar tragos bastante amargos. En esta fase de su formación, vista a distancia, tenía importantes lecciones que aprender. ¿Un fracaso casi estrepitoso puede tener algo que decirnos, que enseñarnos? Ciertamente que sí.

Aunque su periplo como profesor comenzará oficialmente en 1959 al asumir la cátedra en Bonn, ya desde su etapa doctoral había estado realizando tareas docentes con notable éxito, como docente en el seminario y en la universidad, recibiendo propuestas interesantes para cubrir plazas vacantes “demasiado” pronto. Un éxito acompañado además de alabanzas y reconocimientos que a su juventud no le convenían, dirá él más tarde, por lo cual el trago de la habilitación, que casi suspende, la humillación y el fracaso que estuvo a punto de sufrir lo llegó a ver, pasado el tiempo, como algo que era necesario, “*humanamente saludable*”²⁷ para él. ¿Por qué? Porque “me tuve que tragar por entero mi orgullo. Eso le hace bien a uno: tener que reconocer de cuando en cuando su insignificancia, tener que verse no como un gran héroe, sino como un humilde habilitando... Yo necesitaba justamente una humillación y [...] la sufrí. [...] Conseguir meta tras meta con tanta facilidad y además con alabanzas es peligroso para un joven. Entonces es bueno que se vea confrontado con sus límites, que sea tratado críticamente. Que tenga que pasar por una fase negativa. Que se reconozca a sí mismo en sus propios

²⁶ Cf. *ibid.*, 126.

²⁷ *Ibid.*, 132.

límites, que conozca que en la vida [...] hay también derrotas. Esto lo necesita toda persona, para aprender a valorarse debidamente a sí mismo, a soportar los reveses, también [...] a pensar con los otros. Justo para no juzgar entonces con premura y desde arriba, sino aceptar positivamente a los otros en sus fatigas y debilidades”²⁸.

Sólo después de aprendida esta importante lección, va a ocupar su primera cátedra universitaria en la estimulante ciudad de Bonn. Una conclusión muy clara, entre otras, sacará de ello: “*el propósito [...] de tomar partido por el más débil siempre que le asistiera la razón*”²⁹.

3.2. Profesor y maestro

Si Söhnngen le había enseñado a confrontarse y confrontar a otros con lo que estudiaba la teología de forma personal, y el tema de su habilitación estaba motivado por la pregunta ¿qué me dice a mí hoy la fe?, como profesor va a introducir este mismo dinamismo en sus propias clases. No se limita a exponer cosas de manuales, sino que tratará de relacionar lo que enseñe con el presente y con los problemas personales³⁰, lo cual era posible porque ya había entrado en diálogo con el pensamiento contemporáneo durante su etapa de estudiante. Esa nueva orientación en el modo de hacer teología será percibida pronto por sus estudiantes. Cuando llega a Bonn, “*un vasto auditorio acogió con entusiasmo el acento nuevo que creía percibir en [él]*”³¹.

Fue totalmente espontánea la formación de un grupo de estudiantes con inquietudes culturales que se reunió en torno a él, pues él mismo no ve la universidad como un lugar que se limita a lo estrictamente exigido académicamente —el ambiente de interés por el conocimiento era muy vivo entonces—, y la mejor muestra de ello es que estos coloquios se mantendrán regularmente, renovándose sus participantes ¡dieciséis años después de haber abandonado la carrera universitaria, hasta 1993!³² Se hace inevitable leer en

²⁸ *Ibid.*, 129s.

²⁹ RATZINGER, *Mi vida*, op. cit., 132.

³⁰ Cf. ID., *La sal de la tierra*. Palabra, Madrid 2005, 71.

³¹ ID., *Mi vida*, op. cit., 135.

³² Cf. *Mi vida ibid.*, 136s.

clave autobiográfica este fragmento del discurso que pronunció Benedicto XVI ante los jóvenes profesores universitarios en El Escorial en 2011: “os animo a no perder nunca dicha sensibilidad e ilusión por la verdad; a no olvidar que la enseñanza es [...] una formación de jóvenes a quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar la sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación. Sed para ellos estímulo y fortaleza”³³.

Antes de continuar, repasemos las etapas de su vida universitaria según los lugares en los que sucesivamente irá ocupando diferentes cátedras:

Bonn de 1959 a 1963 – cátedra de Teología fundamental
Münster de 1963 a 1966 – cátedra de teología dogmática
Tubinga de 1966 a 1969 – cátedra de teología dogmática
Ratisbona de 1969 a 1977 – cátedra de teología dogmática

La comunitariedad de la búsqueda de la verdad es un elemento muy presente en él y muy apreciado por sus estudiantes de doctorado, ya que pronto comprendió que en realidad se trata de un trabajo en grupo, en el que unos pueden aprender de otros, ayudándose a detectar la debilidad de los argumentos, donde la crítica se ejercía con el afán de no ahorrarse esfuerzos sino de enfrentarse a las dificultades para ver y analizar temas, evitando al mismo tiempo quedar atrapados por los análisis, intentando siempre llegar a una síntesis.

¿Por qué la búsqueda de la verdad es comunitaria? Porque al ser una realidad objetiva, es vivida como una llamada que se nos dirige, que no nos otorga derechos sino que requiere humildad y obediencia, y gracias a eso nos dirige hacia un camino colectivo³⁴, porque me libera de las limitaciones y arbitrariedades de lo subjetivo. Así comenta Benedicto recordando esa etapa de su vida: “acompañaba a los doctorandos personalmente y hablaba con ellos. Pero tenía la siguiente sensación: aquí hay un grupo de personas que caminan conmigo, que tienen algo en común y que también deberían apren-

³³ BENEDICTO XVI, *Discurso a los jóvenes profesores universitarios*, El Escorial, 19 de agosto de 2011.

³⁴ Cf. ID., *Sal de la tierra*, op. cit., 71.

der unas de otras, de modo que aprendamos todos juntos y también aprendamos unos de otros. Por eso pensé que cada individuo recibiría para su camino más en grupo que si lo recorría en solitario”³⁵.

A esta conciencia del camino común, del servicio a los otros también en su propia búsqueda, el ejemplo de la vida de San Agustín será un acicate constante en la vida de Ratzinger: también el santo tuvo que aceptar ser obispo y aprender que, por amor a la verdad, era necesaria una disponibilidad para ser pastor que guía a otros en su camino, al servicio de los demás, renunciando a su deseo de dedicarse a una vida de meditación, de estudio y trabajo intelectual³⁶.

¿Cómo trabaja durante estos años, desde el punto de vista humano? Cuando habla de su traslado a Ratisbona, hace alusión a una serie de rasgos de la universidad que él considerará esenciales: “profesores de gran valía [...], amistades más allá de los límites de las facultades [...] estudiantes de otros lugares [...] aquella dimensión típicamente universitaria que era tan importante para mi trabajo. Tampoco aquí faltaban las polémicas, pero había un respeto recíproco de fondo que es muy importante para que un trabajo sea fructífero”³⁷.

En este sentido, me parece relevante subrayar algo que resulta sumamente sugerente acerca de su visión de las diferencias en la manera de pensar, y más aún teniendo en cuenta que se refiere a la teología sin que ello significara un abandonar la comunidad de fe de la Iglesia. Al ser preguntado acerca de su teología, comenta que el tema de la Iglesia ha sido clave en su obra, pero considerando clave aclarar que esta no es un fin en sí misma, “*sino que la razón de su existir es que nosotros podamos conocer y llegar a Dios.*” Su forma de hacer teología es “*pensar con la fe de la Iglesia*”, pero aquí hace una observación que me parece muy interesante: “eso supone, para empezar, pensar con los grandes pensadores de la fe. Significa que yo no hago una teología aislada; intento hacer una teología lo más amplia posible y siempre abierta a otras formas de pensamiento dentro de una misma fe”³⁸.

³⁵ BENEDICTO XVI, *Últimas conversaciones*, op. cit., 144.

³⁶ Cf. RATZINGER, J., *La sal de la tierra*, op. cit., 67.

³⁷ Id., *Mi vida*, op. cit., 168s.

³⁸ Id., *La sal de la tierra*, op. cit., 72.

¿Por qué me importa subraya esto? Porque precisamente una adecuada comprensión de la fe no estrecha sino que amplía los caminos de la razón. Quizá esta cuestión pueda iluminar las diferentes actitudes del profesor universitario, como fue él mismo, respecto de la verdad. Es una pregunta acerca del modo de investigar y buscar respuestas científicamente. Pienso que, con este apunte, Ratzinger amplía nuestra mente para que abarque también otros caminos intelectuales que a Él pueden conducir. Cuando analiza los problemas de una teología científica en diversos lugares, insiste en que la investigación teológica no exige, para ser científica, poner en entredicho lo que se cree, sospechar de la verdad. Ciertamente hay que pensar con la fe de la Iglesia. Pero esto no implica pensar igual que los otros, ya que puede haber otros modos de pensar. ¿Es que esto implica volver a las teorías averroístas de la doble verdad o una postura pluralista que relativice la verdad? Por supuesto que no. Creo que simplemente saca una consecuencia del hecho de que la verdad sea más grande que nosotros, que revista, por tanto, de multitud de aspectos que pueden ser estudiados por el hombre y, en ese sentido, los caminos son tan plurales como los hombres que tratan de conocer la verdad.

Si queremos aplicar estas consideraciones al profesor de otras materias, creo que podría decirse que lo que Ratzinger propone es la apertura para que, dentro de las cuestiones cruciales compartidas, se deje espacio para una legítima pluralidad en las formas de pensar. ¿Qué son, en este caso, las cuestiones cruciales compartidas? Que la verdad existe y que es posible conocerla.

Cualquier investigación presupone una fe en el objeto por descubrir, y también una fe en la capacidad de los que nos precedieron en nuestras investigaciones. Al mismo tiempo, la conciencia de nuestros límites hace que no podamos considerar nunca totalmente agotadas o zanjadas las cuestiones y esto desarrolla un espíritu crítico. No es lo mismo la sospecha que el espíritu crítico, que podríamos describirlo como una actitud abierta que cuenta con las limitaciones humanas y con el hecho de que la verdad es más grande que nosotros, y por ello mismo, está disponible para el diálogo y la búsqueda compartida³⁹. La sospecha, por el contrario, es respecto de la posibilidad

³⁹ Cf. id., *La sal de la tierra*, op. cit., 72.

humana de conocer y respecto de la racionalidad del objeto, que conduce a la desesperanza, a la renuncia a la cuestión de la verdad en sí. ¿Acaso con esto no se agostaría el deseo de investigar en misma fuente? Aparentemente puede parecer modestia renunciar a la pretensión de alcanzar la verdad, frente a una actitud que se presenta como presuntuosa, pero esto sólo puede acarrear pérdidas. “*Renunciar a la verdad no sólo no solucionaba nada, sino que además se corría el peligro de acabar en una dictadura de la voluntad*”⁴⁰. Al suprimir la verdad en la búsqueda de la razón, uno se acaba quedando tan sólo con la simple decisión, es decir, con la arbitrariedad. Someter la cátedra a una ideología, ¿no sería un triste ejemplo de lo que venimos diciendo? De todo ello hablaremos más tarde.

La cátedra de dogmática de Ratisbona, la última y definitiva según sus deseos, tuvo que ser abandonada por su nombramiento para la cátedra episcopal de Munich-Frisinga por parte de Pablo VI. Él confesará más tarde al periodista Peter Seewald: “*lo que he podido hacer [...] es distinto de lo que quería hacer —deseaba ser durante toda mi vida un buen profesor universitario—, pero a posteriori considero que ha estado bien así*”⁴¹.

3.3. Confesor de la fe

Era un “*teólogo joven moderno y piadoso a la vez*”, dirá de él la Sra. Görres cuando le conoció en Munich⁴². Él nunca dejaba que sus conocimientos sofocaran su fe. “*Tenía la habilidad de expresar una tremenda erudición en términos que los no iniciados podía entender*”, testimonia John Jay Hughes, sacerdote católico americano, convertido del anglicanismo y estudiante suyo de aquellos años, que añade: “*después de cada clase, querías ir a la iglesia a rezar*”⁴³.

¿Y qué dice él acerca de lo que debe ser y hacer un profesor universitario, cuando se trata de un profesor de teología? “*Dar testimonio de la fe, el con-*

⁴⁰ *Ibid.*, 73.

⁴¹ *Últimas conversaciones*, op. cit., 285.

⁴² *Últimas conversaciones*, op. cit., 125.

⁴³ BLANCO SARTO, op. cit., 71.

*fesar la fe, el ser —en este sentido— un «confesor»*⁴⁴. Ser profesor y ser confesor son conceptos etimológicamente muy cercanos, y también la realidad debe ser así. Pero porque lo que se enseña tiene que ver con la propia experiencia de lo que se ha vivido. El teólogo es confesor si es una persona “*a quien la verdad ha rozado y se le ha presentado, está ahora dispuesto a ponerse a su servicio, a trabajar en ella y para ella junto con otros.*” Ciertamente, se experimenta la pertenencia a una tradición más grande, de la que hemos recibido un legado. “[...] nos sentimos unidos a esa cadena de hombres y mujeres que se han entregado a proponer y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres. Y el modo de hacerlo no sólo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo, como también el Logos se encarnó para poner su morada entre nosotros”⁴⁵.

En realidad, se trata de una relación personal con la Verdad, que también es persona. Esta experiencia de la Verdad es tal que “*la verdad nos tiene a nosotros, nos ha tocado [...] y tratamos de dejarnos llevar por este contacto [...]. Es posible comprometerse con ella, intentar hacerla valer*”⁴⁶.

Ante la grandeza de una verdad que nos supera, comprendemos hasta qué punto es destructivo para la universidad el permitir que lo que en ella se enseñe se instrumentalice para fines bastardos. La universidad es un templo de la verdad, no un lugar donde la verdad sea sacrificada a otros intereses. Por esta dura experiencia pasó en Tubinga, donde las nuevas tendencias se servían fanáticamente del cristianismo como instrumento para su ideología, que además tenía orientaciones realmente brutales y crueles, y donde consideró un deber oponer resistencia a todos esos abusos.

En este contexto podemos hacer alusión a una aclaración que hará, pasada ya esta época, acerca de la supuesta primacía de la verdad sobre la bondad. Se trata de una falsa oposición, ya que la verdad no puede nunca negar el bien. En realidad, cuando se oponen verdad y bondad, so pretexto de no disgustar a nadie o de no desmarcarse de opiniones o tendencias dominantes,

⁴⁴ *Últimas conversaciones*, op. cit., 285s.

⁴⁵ BENEDICTO XVI, Discurso a los jóvenes profesores universitarios, El Escorial, 19 de agosto de 2011.

⁴⁶ Id., *Últimas conversaciones*, op. cit., 292.

lo que realmente se acaba haciendo es pactar con la falsedad, la deslealtad, en definitiva con la mentira y el mal. Esto no es dar primacía a la bondad sobre la verdad, sino al propio bienestar, al éxito personal, al prestigio social o la fama, el aplauso o la vida tranquila⁴⁷.

En las situaciones de conflicto, puede ser evidente que la decisión de callar está ocultando la intención de evitarse problemas y muestra que la persona está únicamente pendiente de ahorrarse disgustos y de disimular las situaciones conflictivas. Rehuir las dificultades y “*no hacer frente a los problemas me ha parecido siempre la peor forma de desempeñar un cargo; me parece inconcebible*”. Y refiriéndose explícitamente a los pastores, recuerda una imagen bíblica y patristica muy fuerte que los llama “*perros mudos que permiten que el veneno se extienda*”⁴⁸. ¡Qué sentido tan profundo de la responsabilidad ante un puesto o cargo público desde donde se adquiere el deber de proclamar la verdad, no la mentira! Es cierto que estas consideraciones las hace Ratzinger respecto del papel de los pastores, pero bien se pueden aplicar, por su papel público, a todo profesor universitario, en especial si detenta un puesto de responsabilidad.

4. EL PENSAMIENTO DE RATZINGER-BENEDICTO XVI SOBRE LA UNIVERSIDAD

En esta última parte, sin ánimo de ser exhaustivos, vamos a presentar algunos rasgos con los que Benedicto XVI describe la esencia y la misión de la universidad. Sólo nos asomaremos a sus discursos universitarios durante su pontificado, sin entrar en otras intervenciones dirigidas a educadores o formadores de distintas instancias. Ya hemos tenido ocasión de aludir antes brevemente al hecho de que Benedicto ha conocido la universidad directamente durante un período suficientemente largo: desde 1947 en que se traslada a la universidad de Munich para proseguir desde ahí sus estudios de teología, hasta 1977 en que abandona la cátedra de dogmática de Ratisbona

⁴⁷ Cf. *La sal de la tierra*, op. cit., 74.

⁴⁸ Cf. *La sal de la tierra*, op. cit., 89s.

por su nombramiento episcopal. Tras estos treinta años, Ratzinger mantiene el contacto con el mundo universitario, entre otras maneras, a través de los coloquios con estudiantes hasta 1993, de su círculo de discípulos y de nuevos discípulos, sobre todo estos últimos presentes en la universidad, incluso después de su renuncia.

La perspectiva de los años para enjuiciar un mundo tan conocido y querido por él, ya desde fuera, aseguran a estos discursos una particular sabiduría, objetividad y madurez. Esta envidiable posición panorámica, a distancia en el tiempo y en el cargo, tras una muy rica e intensa experiencia directa, aporta un valor añadido a las reflexiones propuestas en los foros universitarios a los que fue invitado. Sería interesante recopilar y analizar sus intervenciones como obispo y cardenal para completar y enriquecer esta visión, pero ello se sale de las posibilidades de este texto.

Estos textos han sido en total once discursos, desde 2006 a 2012, pronunciados dentro como fuera de Italia:

2006 Discurso de Ratisbona (12 de septiembre)

2007 Discurso con motivo del encuentro europeo de profesores (Roma) (23 de junio)

2008 Discurso preparado para la visita a la Universidad de La Sapienza (enero, cancelado)

2008 Discurso en la Universidad Católica de América (17 de abril)

2008 Discurso con motivo del Simposio europeo de profesores (Roma) (7 de junio)

2008 Discurso con motivo del encuentro con el mundo de la cultura en Collège des Bernardins – París (12 de septiembre)

2010 Vigilia con jóvenes en Londres, con motivo de la beatificación del Card. Newman (18 de septiembre)

2011 Discurso en El Escorial a jóvenes profesores (19 de agosto)

2012 Discurso en la Universidad Sacro Cuore (Roma) (3 de mayo)

Podríamos identificar varios rasgos esenciales de la universidad, que el papa Benedicto ha considerado necesario subrayar en los citados lugares – por su importancia, por estar en peligro de ser malentendidos, tergiversados

o, peor aún, sacrificados—. Escojo los siguientes, que propone Ignacio Sánchez Cámara, en una conferencia titulada “La idea de universidad en Benedicto XVI”, pronunciada durante un encuentro de profesores universitarios en Toledo, el 14 de abril de 2012:

La universidad tiene la misión de preservar la unidad del saber frente a toda fragmentación del mismo.

La universidad debe continuar siendo un foro donde se reflexione sobre el vínculo entre fe y razón.

La universidad debe iluminar la cuestión de la verdad moral en un contexto de democracia y relativismo.

Vamos a detenernos en el significado de cada uno de ellos.

4.1. La misión de preservar la unidad del saber

Cuando se habla de la universidad se suele aludir a que la palabra misma alude a esta vocación de unidad que imprime a los saberes el ámbito universitario. Nos introduce en un universo que forma un todo, un *unum*. La unidad se alcanza y se expresa en la conexión y el diálogo entre las distintas disciplinas y los saberes.

Este es el rasgo que primeramente destacó en su querida universidad bávara en 2006, aludiendo a su experiencia de diálogo cordial con sus colegas de distintas facultades de la que ya hemos hablado. La universidad es un todo, porque la verdad y la razón humana es una, aunque con distintas dimensiones, que justifican la existencia de distintas ramas del saber, apunta. Al dirigirse a los jóvenes profesores en El Escorial en 2011, apunta sin embargo más explícitamente a que la unidad de los saberes se funda en una unidad humana, la comunidad de personas que integran la universidad. En la universidad, profesores y estudiantes buscan *juntos* la verdad en todos los saberes y el profesor tiene la misión específica de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos. Podríamos decir que la unidad de los saberes es expresión de una unidad más profunda, entre los sabios de distintas ramas, y más aún de la unidad interior de la persona, dentro de la cual debe darse de hecho este diálogo interior entre las disciplinas.

En este sentido, el profesor universitario es el paradigma de la unidad que debe presidir la actividad universitaria. Él debe encarnar en primera persona esta unidad, por la comunicación o diálogo interior que en él pueden darse entre las distintas disciplinas. Él debe crear comunidades humanas con sus compañeros y alumnos, ya que el diálogo de las ciencias se hace realidad en un diálogo con las personas (profesores y estudiantes). Por eso tiene sentido su reivindicación de la *caridad intelectual*. Hay que interesarse por las personas, querer a los estudiantes, tener disponibilidad para escucharles, porque la tarea universitaria es una vocación de entrega, no un trabajo profesional más. En este sentido cabe leer estas afirmaciones del discurso a los jóvenes profesores en El Escorial: “Los jóvenes necesitan auténticos maestros; *personas abiertas* a la verdad total en todos los ramos del saber, sabiendo escuchar y viviendo *en su propio interior* ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad [...] Esta alta aspiración es la más valiosa que podéis transmitir personal y vitalmente a vuestros estudiantes, y no simplemente unas técnicas [...] o unos datos fríos”⁴⁹.

¿Por qué no perder esta unidad es algo sumamente importante para Benedicto XVI? Durante el Encuentro europeo de profesores en 2007 en Roma, el papa se expresa con dramatismo: “*¡Cuán urgente es la necesidad de redescubrir la unidad del saber y oponerse a la tendencia a la fragmentación y a la falta de comunicabilidad [...] en nuestros centros educativos!*” La razón fundamental de esta necesidad es que, así, las distintas disciplinas se podrán comprender a sí mismas como partes de un *unum* más grande y esto es decisivo para que la verdad sea verdad. Chesterton hablaba de las ideas modernas como ideas cristianas que se han vuelto locas, pero ¿por qué? Porque se las separó del conjunto que les daba sentido. Son piezas desencajadas. La fuerza de los errores, señala Chesterton, está precisamente en que son verdad, pero son una verdad desconectada de las demás, afirmada unilateral-

⁴⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los jóvenes profesores universitarios*, El Escorial, 19 de agosto de 2011.

mente (es verdad que el hombre es cuerpo, pero si sólo afirmamos eso llegamos al materialismo, por ejemplo).

Sólo la unidad preserva la verdad de las afirmaciones humanas —siempre parciales— de corromperse por la absolutización y la afirmación desgajada del conjunto. Lo expresa claramente Ratzinger en este pasaje de la *Introducción al Cristianismo*, que nos permite comprender un poco mejor lo fundamental de la unidad: “[...] cada herejía es más bien la clave de una verdad que permanece, y que ahora tendríamos que juntar con otros enunciados válidos, porque si la separamos de ellos tendríamos una idea falsa [...] son piedras de una catedral, que sólo serán útiles si no andan cada una por su sitio, si alguien construye con ellas un edificio. Pues bien, lo mismo pasa con las fórmulas positivas, sólo valen para algo si son conscientes de su insuficiencia. [...] Sólo a base de rodeos, viendo y expresando diversos aspectos aparentemente contradictorios, podemos encaminarnos hacia la verdad, que nunca se nos muestra en toda su grandeza”⁵⁰.

Permítame el lector concluir con una expresión poco común: lo que Ratzinger-Benedicto XVI nos dicen acerca de la sal que preserva la verdad de la corrupción es la *catolicidad* (universalidad).

4.2. *El lugar del diálogo entre la fe y la razón*

Después de lo dicho, podemos comprender que este segundo rasgo se sigue como consecuencia de lo anterior. Esta comunidad de personas que hace posible el diálogo interior y el diálogo interpersonal desde las distintas disciplinas, permite el diálogo entre el discurso de la fe y el de la razón. Pero hay que ir más allá: existe una comunidad a la que no hemos aludido: la naturaleza humana, que nos dota a todos de la capacidad de la razón. Tanto el creyente como el no-creyente comparten la misma razón, pueden por tanto desde un camino común preguntarse por Dios, aunque no compartan la fe, porque, insistimos, el discurso racional es común al creyente y al no-creyente. Por eso, tiene sentido que en la universidad esté presente la teología como un interrogarse de la razón por Dios, aun-

⁵⁰ *Introducción al Cristianismo*, op.cit., 147s.

que iluminada por la fe, como dirá en Ratisbona. El problema está, al abordar este diálogo, no en la negación de este presupuesto, sino en la comprensión de la naturaleza de la fe y de la razón.

En su comprensión de la fe, el papa Benedicto opta por una visión intelectualista de la fe, frente a la visión fideísta o voluntarista del protestantismo. Este es el tema central del discurso de Ratisbona: el Cristianismo no ha sido infiel a sí mismo a “revestirse” de un ropaje filosófico, al asumir los conceptos del helenismo o de la filosofía medieval para expresar la fe. Al contrario, la relación entre la fe y la razón están presentes en el desarrollo de la revelación, durante el Antiguo Testamento. Querer volver a la fe bíblica, deshelenizar el Cristianismo, es no comprender que el diálogo fe-razón forma parte de la revelación.

En la comprensión de la razón, es preciso analizar la evolución de la relación entre razón y fe a lo largo de la historia de la filosofía, en especial a partir de la Modernidad. Tanto en Ratisbona como en el discurso para La Sapienza alude a que la razón, celosa de su presunta pureza, separándose del diálogo con la fe, no se ha engrandecido sino empobrecido y empequeñecido. Como ya aludimos en la primera parte a esta cuestión, solo remitimos ahora a un pasaje de La Sapienza: “Si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan la vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña”.

El recelo y la separación de la fe han sido el caldo de cultivo del escepticismo respecto de la verdad, como subraya Mons. Vincenzo Zani en su trabajo sobre la idea de Benedicto XVI de la universidad⁵¹. De ahí que hablar hoy de la verdad y ejercer la caridad intelectual supone enfrentarse a actitudes escépticas, burlonas y, a veces, incluso cínicas, con respecto al discurso propositivo. Lo obligatorio, para estar con los tiempos, para hablar el lenguaje

⁵¹ Cf. Discurso a los profesores y estudiantes de las universidades católicas y los ateneos pontificios romanos, 19 de noviembre de 2009, citado por Zani, V., “La idea de universidad según Benedicto XVI” en: BENEDICTO XVI, *The idea of a university*, op. cit., 145s.

políticamente correcto, hay que ser relativistas. Lo contrario se tilda de fundamentalista, o al menos de anticuado y fuera del momento actual⁵².

Pero Ratzinger insiste: el tema de Dios debe abordarse, porque es el tema de la verdad. En una universidad donde ese tema se silencia, se habría renunciado a la cuestión de la verdad. En un texto de hace décadas escribía Ratzinger, siendo aún catedrático en Ratisbona: “[...] el problema de Dios, en último término, no es otra cosa que el problema de la verdad como tal. ¿Existe la verdad? ¿Es esta cognoscible para el hombre? ¿Está dentro de sus posibilidades? ¿Qué es propiamente el ser, la realidad? El problema de Dios, idéntico al problema de la verdad como tal, se convierte así en una confrontación de la Teología con el positivismo, que ha llegado a ser hoy modelo universal de postura frente al problema de la verdad, afirmando que sólo el ‘dato positivo’ tiene categoría de ciencia, y no la ‘verdad’, ya que ésta cae en el campo de lo indecible y, por ello, fuera de la ciencia. De este modo, la pregunta sobre Dios en su totalidad resulta una pregunta no científica”⁵³.

Si esta cuestión la planteaba el profesor de una universidad alemana, que todavía mantiene en las universidades públicas facultades de teología, ¿qué decir de las universidades españolas, donde la teología ha desaparecido completamente como título civil? En este sentido, las universidades católicas cumplen una misión fundamental proponiendo a los jóvenes los estudios teológicos como parte de su formación intelectual y humana.

4.3. La defensa de la verdad en un contexto democrático y relativista

La universidad, como recordaba Sánchez Cámara siguiendo a Ortega en la mentada conferencia de 2012, es el “poder espiritual” del mundo actual. La crisis occidental es sobre todo una crisis europea, que consiste en que Europa se ha quedado sin moral, y por eso también desmoralizada.

La universidad ejerce hoy este poder espiritual, según Ortega, pues la Iglesia ha dejado de tener el influjo que antaño tenía sobre la vida social. Sin

⁵² RATZINGER, J., PERA, M., *Sin raíces. Europa, Relativismo, Cristianismo, Islam*. Península, Madrid 2006, 123.

⁵³ RATZINGER, J. (ed.), *Dios como problema*, Cristiandad, Madrid 1973 [*Die Frage nach Gott*, Herder, Freiburg i.B. 1972], presentación 13.

entrar en esta valoración, es indudable del papel espiritual que la universidad está llamada a cumplir. ¿De dónde le viene, cuál debe ser el origen de su “fuerza”? Esta pregunta nos introduce en una cuestión de enorme actualidad, que podríamos formular así: ¿qué hace valiosa la institución universitaria, cuál es el origen de su ‘poder’: su utilidad o su capacidad para iluminar y comprender la realidad?

La tentación de responder en el primer sentido es hoy fuertísima. Ya aludía Ratzinger al problema de la mentalidad positivista, que cree que sólo es científico lo que puede ser evidente, empíricamente verificable y medible. Pero hoy estamos en un estadio más avanzado. La actitud relativista que identifica relativismo y tolerancia, por un lado, y la mentalidad pragmatista-utilitarista que asume como principio moral la eficacia con que se logre la satisfacción de los deseos, por otro, han creado un ambiente espiritual en cierto modo esquizofrénico. Escribe Ratzinger sobre los efectos de la aplicación del principio de tolerancia al tema de la verdad de las religiones: “El principio de tolerancia como expresión del respeto a la libertad de conciencia [...] queda hoy en día manipulado y superado de forma indebida cuando se extiende a la valoración de los contenidos, como si todos los contenidos de las diferentes religiones [...] pudieran situarse en el mismo plano y no existiera ya una verdad objetiva y universal. Esta falsa idea de tolerancia está vinculada a la pérdida y a la renuncia a la cuestión acerca de la verdad [...]. De esta manera sale a flote la debilidad intelectual de la cultura actual: al brillar por su ausencia la pregunta acerca de la verdad, la esencia de la religión no se diferencia ya de su “no-esencia”, la fe no se distingue de la superstición ni la experiencia de la ilusión”⁵⁴.

Moviéndonos en un sistema democrático, basado en las decisiones mayoritarias, el problema que se nos plantea es el siguiente: al separar en las decisiones mayoritarias el contenido de lo decidido de su forma (legalmente legítima) de ser vigente, se está abusando y manipulando el principio de tolerancia. El resultado de tal abuso es la pérdida total de los contenidos, la

⁵⁴ *Convocados en el camino de la fe. Iglesia como comunión*. “Presentación de la declaración *Dominus Iesus*” (5 sept. 2000) en la sala de prensa de la Santa Sede, Cristiandad, Madrid 2004, 218s.

renuncia a la cuestión acerca de la verdad. Esta verdad de las decisiones, de las investigaciones, es ocultada por el caparazón de la mayoría, de la utilidad, del progreso, de la cientificidad. En definitiva, “*el punto verdaderamente crítico de la modernidad: [es que] la idea de verdad ha sido eliminada en la práctica y sustituida por la de progreso. El progreso mismo ‘es’ la verdad*”⁵⁵.

Si el principio de tolerancia tiene tales riesgos, la mentalidad pragmatista no se presenta como menos amenazadora hoy para la verdad pura e indefensa. Mons. Vincenzo Zani aludía en el texto arriba citado a que la universidad está llamada a evitar que se sustituya la razón contemplativa por la razón positivista-utilitarista. No podemos explayar aquí este tema tan querido por Ratzinger, pero presentemos brevemente algunas consideraciones tuyas sobre la verdad como fin en sí, como valiosa por ella misma.

En 2008 advierte con claridad en el discurso de La Sapienza: “*Hoy, el peligro del mundo occidental [...] es que el hombre, precisamente teniendo en cuenta la grandeza de su saber y de su poder, se rinda ante la cuestión de la verdad.*” El efecto es que “*la razón se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, y se ve forzada a reconocerla como criterio último*”.

¿Qué consecuencias tiene la sola utilidad, el pragmatismo inmediato? Son muy precisas: la posibilidad por parte de la ciencia de un abuso sin límite; y la posibilidad no menos preocupante de un totalitarismo político, apunta en El Escorial, “*cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder*”.

La razón utilitarista conduce a una hipertrofia de los medios y una atrofia de los fines, en la universidad se reduciría el saber y la verdad a lo inmediatamente sensible, medible y útil; se confundiría saber con saber-hacer, se sustituiría contemplación por acción, la adquisición de competencias profesionales por la búsqueda desinteresada de la verdad, el desarrollo de la universidad con mentalidad de empresa desde una lógica unilateral del mercado. “*La genuina idea de la universidad nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano*”. Por otro lado, la libertad intelectual sólo puede

⁵⁵ *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*. San Pablo 2005 [1991], 161.

mantenerse si se escapa de la tiranía de lo útil. No ignora el papa Benedicto que esta imposición ya la está sufriendo la universidad desde instancias extrauniversitarias, como advierte en 2011 en El Escorial: *“La universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor”*. ¿Cómo preservar hoy este ideal, ante las imposiciones desde instancias ajenas a la universidad, a convertirla, a reducirla a un mero centro de capacitación profesional? A través de los profesores: *“sois vosotros los que tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario”*.

El ideal de la universidad, la fuerza espiritual de la universidad reside, única y exclusivamente, en la fuerza de la verdad. La fuerza de la verdad está en que permite al hombre actuar por convicción, identificándose con ella. En el famoso texto de Ratisbona, recurre el papa a la famosa cita de Manuel II Paleólogo, origen del discurso: *“la fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita de la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas”*⁵⁶. Para lo que venimos diciendo, lo que el papa quiere decir es que la fuerza de la verdad, carente de armas ni de efectismo, radica, en su pobreza y desnudez, en el simple hecho de que es verdad. No es posible ponderar aquí hasta qué punto Benedicto ha encarnado, de forma tan elocuente, estos rasgos de la verdad. En su discurso el 18 de septiembre de 2010 en Londres, remitiéndose a la vida del Cardenal Newman que beatificó en ese impresionante viaje a Inglaterra: *“la pasión por la verdad, la honestidad intelectual y la auténtica conversión son costosas. No podemos guardar para nosotros mismos la verdad que nos hace libres; hay que dar testimonio de ella, que pide ser escuchada, y al final su poder de convicción proviene de sí misma, y no de la elocuencia humana o de los argumentos que la expongan”*.

Concluimos. Cuando Peter Seewald preguntaba al papa emérito si no podría haber hecho valer su autoridad como papa en ciertos momentos en que

⁵⁶ BENEDICTO XVI, *Nueve discursos universitarios*. FUE, Madrid 2012, Discurso de Ratisbona, 126.

algunas personas dentro de la Iglesia han realizado acciones ciertamente reprobables, el papa contestó con seguridad que no, no es posible. Las personas libres obran por convicción, no puede imponerse la verdad por la fuerza, por eso el papa teólogo ha querido escribir libros⁵⁷. Este es el poder espiritual que la universidad no debe perder.

⁵⁷ Id., *Últimas conversaciones*, op. cit.